

1

Jueves, 11 de enero

Para poder entrar en comisaría Escalona ha de sortear a un grupo de turistas franceses que intenta organizarse para presentar una denuncia, eso al menos es lo que el subinspector entiende al pasar junto a ellos. Eso y unos cuantos términos poco elogiosos de difícil traducción y exquisita sonoridad. Escalona tiene prisa por entrar en el edificio, mucha prisa. En la calle, a pocos pasos de la entrada principal, acaba de ver cómo Helena Moon aparcaba la moto, se quitaba el casco y aireaba con determinación su larga melena cobriza. La cabeza de medusa, el mismo poder urticante. No ha podido ver sus ojos del color del agua encharcada y apenas ha prestado atención a su figura, pero no le cabe duda, es Helena Moon. Si pudiera, si estuviera en su mano, pediría con carácter de urgencia una orden de alejamiento. Antes de perderla completamente de vista Escalona comprueba que la periodista, experta en confidencias, trapicheos y manipulaciones, inmoviliza la moto, sujeta el casco con una cadena, guarda las llaves en el bolsillo de sus pantalones y con la audacia de un húsar cruza la calle Nou de la Rambla alejándose así de la comisaría.

Santiago Escalona supera con alivio al último francés indignado y pasa junto al mostrador de la entrada. Ya no encuentra a Teresa, destinada recientemente a otra comisaría, ni a Sáez, el ve-

terano policía que se jubiló hace meses. Con el tiempo Escalona se había malacostumbrado a las sonrisas de bienvenida, las que te arropan al entrar y te elevan el ánimo unos grados, pocos, los suficientes para ir tirando. El mosso que atiende a la airada ciudadanía encuentra un instante, entre una información y la siguiente, para saludarlo como corresponde:

—Buenos días, subinspector.

—Buenos días.

Escalona no recuerda su nombre, por eso se limita al saludo de rigor y a un fugaz levantamiento de cejas de deferencia. Con la asimilación al cuerpo de mossos d'esquadra y las correspondientes y lógicas diferencias en el escalafón, ha dejado de ser inspector y ha pasado a ser subinspector. No es que el nombre de las cosas le preocupe excesivamente, pero no deja de sorprenderle que cuando todo el mundo, por razones de edad, le llamaba espontáneamente comisario, la realidad haya rectificado y mediante un quiebro casi ceremonial lo haya rebajado a subinspector. La vida, como la muerte, tiene sus cosas.

Teresa no deja de repetirle que debería alegrarse. Ella es así, acostumbra a mirar el lado bueno. Es una virtud, una de las mejores y más raras en una agente de policía acostumbrada a revolver en el lado oscuro; por eso quizás sea la suya una condición doblemente valiosa. A menudo piensa Escalona que ya no sabría vivir sin ella, que no encontraría las fuerzas para poner el pie en la calle ni para dar por estrenados los días y por agotadas las noches.

—Subinspector... Subinspector Escalona... Yo, Santiago, la verdad es que encuentro que te rejuvenece. Como si en lugar de estar a punto de cumplir los cincuenta acabaras de celebrar la cuarentena. Piénsalo bien, te quita años de encima. Y si te llaman mosso... Si te llaman mosso, ya es para ir y darle un abrazo directamente.

Escalona no se siente rejuvenecido, ni mejor. En la comisaría

de Nou de la Rambla incluso el intendente, la máxima autoridad, es algo más joven que él. Su edad es una excepción. Sólo algunos policías, sobre todo los más jóvenes, han pedido la asimilación; los inspectores del cuerpo nacional de policía que Escalona conoce y que han solicitado integrarse en el cuerpo de la policía autonómica se pueden contar con los dedos de una mano. Por fortuna Evaristo y Guerao permanecen en Nou de la Rambla y, si se para a pensar y no hace otra cosa, excepto el uniforme y las formas, las cosas no han cambiado tanto. La ciudad es la misma, el barrio el de siempre y la gente que circula por comisaría, la habitual.

Antes de internarse en el primer corredor el subinspector oye voces que llegan desde la calle y se une a un par de mossos que echan a correr en dirección a la entrada. Pocos segundos después asiste a una escena que hubiera preferido no contemplar. Helena Moon se abalanza sobre un chico muy joven, varado junto a su moto, que sostiene el bolso de la mujer entre las manos, un bolso grande y verde, como un gran lagarto, mejor aún como un caimán en reposo.

— ¡Ladrón! ¡Hijo de puta! What are you doing?

Le espeta a voz en grito Helena Moon mientras con una mano se apodera del gran reptil y con la otra inmoviliza al muchacho al que previamente ha paralizado con sus gritos.

— Yo... Estaba aquí, yo sólo iba a... Estaba aquí, iba a...

— What? Ibas a llevártelo, cabrón.

El chico, aterrorizado por la mujer que le sobrepasa ampliamente en estatura, en edad y en iracundia, sólo acierta a balbucear un par de excusas. Del susto parece haberse petrificado junto a la moto. No hace el menor movimiento para escapar de la mujer, tiene las neuronas en su sitio y el corazón en la boca y sabe que no puede conseguirlo. Mientras tanto Helena Moon continúa gritando y pidiendo ayuda, como si le hiciera alguna falta.

Un par de mossos se acercan a la mujer y la invitan a entrar

en comisaría, otro se aproxima al chico y apoyando una mano en su hombro le indica que debe seguirle.

—Yo sólo iba a devolvérselo, se lo había dejado sobre la moto. Se lo juro, yo sólo.. —alega en su defensa mientras echa a andar.

Los franceses, en un movimiento bien orquestado, se organizan entre murmullos como un solo hombre y franquean el paso a la mujer furibunda, al presunto ladrón y a los agentes de policía. Por este orden.

Escalona tuerce el gesto. No es la mejor manera de empezar la mañana pero no puede substraerse al hecho de que es testigo presencial, tal y cómo acostumbran a llamarlos algunos reporteros en la extraña convicción de que debe de haber testigos ausenciales. Con un gesto indica al mosso que encabeza la extraña comitiva que haga pasar a todo el mundo a una de las salitas de la entrada. Espera poder resolver el asunto sin que medie denuncia puesto que finalmente no ha habido robo y serviría de bien poco, pero tratándose de Helena Moon uno puede esperar cualquier cosa.

La mujer muestra cierta sorpresa cuando advierte la presencia del subinspector. En una maniobra digna de los más selectos cuerpos policiales, y consistente en acercar una silla a patadas y en tirar de los brazos de la mujer en dirección al centro de la tierra, Helena Moon es invitada amablemente a tomar asiento.

—Inspector Escalona, usted por aquí —comenta Helena Moon mientras se revuelve enérgicamente para liberarse de las manos de los agentes.

—Trabajo aquí.

—Sí, lo sé, lo recuerdo perfectamente —responde Helena Moon con una sonrisa de complicidad.

Un escalofrío recorre la espalda del subinspector y a punto está de detenerse la sangre en las venas.

—A ver, si puede usted explicar lo que...

Antes de que consiga acabar la frase Helena Moon está profiriendo acusaciones que harían creer a un profano que el chico en cuestión es un asesino en serie. Sus ojos tienen, a la luz blanquecina del neón, el mismo verde que el bolso que sujeta entre las manos.

Cuando por fin parece más calmada, y aprovechando que el silencio se alarga un par de segundos, Escalona pregunta al chico. El muchacho, que parece haber menguado en pocos minutos, responde entre dientes que él sólo ha cogido un bolso que alguien había olvidado sobre la moto y que tenía la intención de devolverlo.

— Yo no he robado nada, iba a dejarlo en comisaría por si alguien preguntaba por él. Lo juro, señor comisario, yo no he robado nada. Tengo un trabajo, no pensaba quedarme con el bolso. Ella se me echó encima, no me dejó hablar. Yo sólo...

— Sí, hombre... Un ladrón, un puñetero y un mentiroso, eso es lo que eres, un chorizo — su acento de país frío se apareja mal, como a contrapelo, con las recias palabras que acaba de pronunciar.

Y, aunque Escalona no pondría la mano en el fuego, prefiere pensar que todo ha sido un malentendido. Por otra parte Helena Moon tiene su bolso y el chico un susto que no se sacará de encima en un par de días. Un susto y la ira eterna de Helena Moon, que no es poca cosa. Si en verdad pretendía robar su bolso, como penitencia no está nada mal. Así intenta hacérselo entender a la colérica mujer que entorna a los ojos como si fuera a disparar ráfagas.

— A ver, tu nombre y tu DNI.

El chico se lleva la mano al bolsillo interior de la cazadora y saca una cartera de piel falsa. De uno de los muchos compartimentos extrae una funda y de su interior el DNI y un bono de transporte. Alarga el DNI al subinspector Escalona y de nuevo se guarda la cartera en el bolsillo. Por la precisión y el orden de sus

movimientos, Eloy Silva parece un chico extremadamente cuidadoso, metódico.

—Usted, también —le indica a Helena Moon.

Escalona piensa que no estará de más tener los datos de la mujer, su domicilio, su filiación. La información es poder y, enfrentado a Helena Moon, toda información es poca.

—¿Es necesario? —pregunta la mujer con reticencia.

—Sí —miente el subinspector.

De las tripas del caimán Helena Moon extrae su DNI tras varios intentos consistentes en remover el interior con ambas manos entre imprecaciones de diversa índole como si esperara que de un momento a otro el documento se materializara así entre sus dedos.

—Aquí está.

Después de examinarlo, Escalona ordena a uno de los mossos que haga las comprobaciones oportunas y que anote los datos.

—Bien, usted dirá.

—¿Yo? Yo no tengo nada más que decir. Ustedes lo han visto todo. Es un ladrón, eso es lo que es.

—Quizás, pero no creo que una denuncia llegue a prosperar, es difícil saber si su intención era...

—Difícil, ustedes todo lo ven difícil. Si uno coge algo que no es suyo, es un ladrón. Así ha sido toda la vida.

—Pero si tiene usted en cuenta que olvidó el bolso y que desconocemos, puesto que no hubo oportunidad de saberlo, qué es lo que este chico pensaba hacer con él...

La mujer es atterradoramente bella y pavorosamente astuta, entiende que no queda mucho por hacer y que no ganará nada con llevar más lejos el asunto.

—Buenos días, inspector. Tengo prisa, yo trabajo para ganarme la vida. Si hace usted el favor de ordenar que me devuelvan mi DNI.

Helena Moon ha recuperado el carnet, se ha levantado y, a

zancadas, se dirige hacia la puerta. Escalona ni pestañea por si cambia de opinión y decide volver.

—Hasta pronto —se despide Escalona de la periodista que le devuelve el silencio y una mirada capaz de invertir el cambio climático.

Recuperando el aplomo y poniendo proa a su despacho ordena a uno de los mossos que todavía suspira aliviado:

—Pregúntale al chico dónde trabaja y comprueba que sea cierto. Después le dices que se vaya y que, a poder ser, no vuelva por aquí.

Ya no queda en comisaría ni rastro de Helena Moon y todavía le parece oír sus gritos atronando en mitad del vestíbulo y distinguir las llamas bailar en torno a su amenazadora cabeza de mujer omnipotente.

—Jefe, ha llamado Garrido. Bueno, Garrido no, su mujer. Dice que necesita hablar con usted, que es urgente.

Es Guerao el que ha salido a su encuentro y el que le notifica que acaba de recibir una llamada.

—¿Hablar conmigo? ¿Te ha dicho qué es lo que quería?

—No, sólo que necesita hablar con usted pronto, que es urgente. Le he dejado el número de la habitación y el teléfono sobre su mesa. Está en el Hospital del Mar, el de la Barceloneta. Por la voz de su mujer la cosa no va a mejor. Era de esperar.

Escalona asiente con el rostro grave, el estado de Garrido no permite conservar esperanzas.

—Gracias, Guerao. ¿Hay algo más?

—Por el momento, no.

Guerao se aleja en dirección a la calle. Del bolsillo de sus tejanos cuelgan los cables de un Ipod, así lo llama él, así o algo parecido. Escalona no ha conseguido entender todavía cómo funciona.

Santiago Escalona se alegra de haber decidido caminar hasta el Hospital del Mar. No siempre puede hacerlo, pero en la ciudad el mes de enero está resultando relativamente tranquilo y puede dedicar un par de horas a visitar a Garrido. Un mes de enero tranquilo y desesperantemente suave, casi primaveral. Quizás Teresa tiene razón cuando, medio en serio medio en broma, le diagnostica insatisfacción climática crónica. Y es que Escalona ha crecido en el convencimiento heredado de sus ancestros de que en invierno es lógico esperar que el termómetro descienda perceptiblemente y que, de tarde en tarde, la lluvia se cierna sobre la ciudad reseca. Cualquier desviación de la norma le resulta irritante, casi inaceptable, como si el clima faltara a sus principios. Y eso, así se lo enseñaron, no tiene perdón.

La mañana es luminosa y tibia y el abrigo empieza ya a estorbarle. Al subinspector le gusta caminar sin prisas y atravesar la ciudad de un extremo a otro si se tercia. Sabe que en Nou de la Rambla nadie va a echarlo en falta. Tiene los informes al día, que no es poco. En la comisaría, como en todas partes, cada uno anda a lo suyo y el subinspector puede ausentarse sin que el edificio policial se tambalee. Además ha recordado meterse el móvil en el bolsillo. No deja de preguntarse a qué obedece el inesperado requerimiento de Garrido. Nada bueno, piensa, pero decide no darle más vueltas.

—Lo que sea, llegará —decía su abuela cuando, muchos años atrás, observaba que el pequeño Santiago era mucho más reflexivo de lo que correspondía a un crío de su edad. Es decir, cuando llevaba varias horas caviloso, sin abrir la boca y con el ceño fruncido propio del que no da reposo a sus meninges—. No le des más vueltas a las cosas, Santiago. Lo que sea, sonará. Un crío ha de jugar, como todos. Y no ser tan reconcentrado, que parece que no sepas hacer otra cosa —remataba la mujer con una palmada en el pescuezo que le animaba a cambiar de aires, o de postura.

Detesta los hospitales. No es nada nuevo. Los aborrece con

toda el alma. Traspasar el umbral de un centro hospitalario y sentir la urgencia de salir de allí lo antes posible, es todo uno. Quizás por eso ha decidido acercarse a pie, para demorar el momento. ¡Maldita introspección! Es como un vicio. Fumar es peligroso, beber nocivo, pero pensar sin descanso tampoco deja de tener riesgos para la salud, para la salud mental. Escalona ha oído decir, no sin cierta altanería, que hay quien se va lejos para desconectar, que hay quien pesca, se refugia en un balneario o practica deportes de riesgo. Escalona, que no conoce forma humana de dejar de pensar, está convencido que para “desconectar” no le servirían los manguerazos en la espalda, ni masajes exóticos ni tan siquiera una caída libre; a él tendrían que arrancarle la cabeza y tirarla bien lejos.

Simón Garrido fue el inspector que le instruyó para moverse en la calle, una especie de adiestramiento, de toma de contacto. De eso hace muchos años, una eternidad. Durante meses Escalona se convirtió en su sombra y Garrido, un buen hombre y mejor inspector, empleó en aleccionar al principiante toda la paciencia de este mundo. Quizás, incluso le deba la vida. Un experto en sentido común, eso es lo que ha sido siempre el policía. Cuando se conocieron, nada o bien poco recordaba ya Simón Garrido de los manuales ni de las normativas de aplicación específica. Tampoco le hizo nunca mucha falta. Quizás por eso a Escalona tan a menudo le estorba el procedimiento y le oprime la normativa hasta la asfixia. Garrido se dejaba guiar por una especie de instinto. Eso al menos es lo que decía él, un instinto que permite sobrevivir a los polis en la calle.

—En mi caso el instinto viene de fábrica, como los amortiguadores o las llantas cromadas, lo llevo en la sangre —decía Garrido orgulloso, poli hijo de poli, con el cigarrillo bailando entre los labios cuando había culminado con éxito una misión.

El Hospital del Mar, en el que no ponía los pies desde hace años, ha cambiado mucho, y para bien. Una gran antesala acris-

talada y completamente vacía conduce al visitante hasta el edificio original. Por sus dimensiones y por la luz que lo inunda todo se diría que se trata del vestíbulo de una universidad o de un palacio de congresos, pero el visitante, es decir Escalona, no se deja engañar, la aprensión le sube hasta el estómago y un peso muy leve le oprime de inmediato el corazón. Dado que es un buen observador en todos los planos, incluso en el que pasa desapercibido a la vista, sabe que desde que ha cruzado la puerta principal respira más deprisa y que evita hacerlo profundamente para no inhalar los miles de miasmas que supone flotan en la atmósfera de un hospital.

Son muchos los que transitan en una dirección o en otra y los que se agrupan formando corros a lo largo del enorme pasillo. Algunos intercambian malas impresiones, otros caminan despacio para aligerar las horas y algunos se dirigen a buen paso hacia la salida para encender un pitillo mientras el enfermo al que asisten echa una cabezada. Hay quien se ha detenido y plantado frente al cristal y deja correr el tiempo contemplando el mar o el enorme pez dorado que la ciudad erigió con motivo de las olimpiadas. Antes de acceder al ascensor Escalona busca en el bolsillo el papel que Guerao le entregó en comisaría.

Planta 7, habitación 27.

Comprueba en el panel informativo que la séptima planta es la especializada en Neumología. Recuerda haber oído a Garrido afirmar que tras haber fumado dos paquetes diarios durante muchos años sus pulmones estaban ya medio asfaltados de tanto alquitrán. El tiempo y el humo han acabado por darle la razón y por quitarle la vida.

Desde la planta séptima la vista sobre el mar merece una demora. Por unos momentos Escalona consigue olvidar la condición hospitalaria del edificio y contempla la porción de ciudad que se levanta junto a la playa. Podría recordar el nombre de cada calle y el aspecto de cada acera. Piensa durante unos instantes que si

algún día necesita ingresar en un hospital, si no hay otro remedio, preferiría poder ver el mar desde la cama. La habitación 27 se encuentra en un extremo de un largo pasillo flanqueado por habitaciones dobles. Comprueba con una media sonrisa que junto a una puerta alguien ha dejado unas flores y que hacia la mitad del corredor, en el espacio en el que se mueven las enfermeras, se oye una conversación animada seguida de un estallido de risas apagadas, risas de mujeres acostumbradas a bregar a diario con la enfermedad y sus peores manifestaciones.

En el umbral de la habitación número 27 Escalona se ve obligado a detenerse y a esperar, un par de camilleros se llevan a un enfermo. No es Garrido. Con el rostro macilento del que goza de muy poca salud y una mascarilla sobre la nariz y la boca, el paciente en tránsito levanta la mano de la que cuelga el suero y se despide así de su compañero de habitación.

—Hola, inspector—saluda Escalona a Garrido cuando los camilleros le indican que puede pasar—. ¿Cómo anda?

La pregunta es puramente retórica, casi frívola. Garrido, con la parte superior de la cama ligeramente levantada y los brazos tendidos a ambos lados del cuerpo, parece fatigado, casi exhausto. Apenas le queda color y ha adelgazado tanto que la piel de su rostro parece como desmayada. No es necesario ser un buen observador, ni tan siquiera es preciso mirarlo dos veces o recordar cómo era Garrido unos meses antes. Pero en algo ha tenido suerte, su cama, la más cercana al ventanal, es casi un mirador sobre la playa, aunque desde su posición yaciente apenas conseguirá Garrido vislumbrar los grandes barcos que pasan a algunas millas de la costa.

—Jodido, Santiago. Jodido y sin remedio. Ya ves, es lo que hay. No sé que es lo que me ha hecho más daño, si el tabaco o la comisaría.

Garrido levanta una mano para subrayar sus palabras y la vuelve a bajar inmediatamente, como si le pesara, como si se le

cayera. También le supone un esfuerzo mantener los ojos abiertos y los cierra durante unos instantes, los mismos que tarda Escalona en hacerse cargo de la penosa situación.

—No voy a salir de aquí, Santiago. Creen que no lo sé. Ángela repite que no es grave, que un par de semanas aquí y luego... Yo hago ver que me lo creo y que dentro de un par de semanas me estaré comiendo una paella en un chiringuito de esos... Pero de esta cama derecho al cementerio del sudoeste. Aquí todos mienten, como en la calle, todos, del primero al último. Una puta farsa. Lo peor son las enfermeras, algunas no sólo me tratan como a un enfermo, se dirigen a mí como si fuera un crío y no tuviera ojos en la cara. Y mi mujer, la pobre, ella también miente, pero no creas que no la entiendo. Yo haría lo mismo por ella, o por mí... Esas cosas nunca sabe uno por qué las hace. Pero luego, qué me van a decir a mí, luego ya sé yo lo que hay. De ésta no salgo, Santiago.

Escalona no sabe qué decir y calla. Nunca ha sabido mentir, ni por piedad, ni por compasión, ni por pura conveniencia y se limita a tomar asiento y a mantener la boca cerrada. No esperaba encontrar a Garrido tan desmejorado, también él quería creer que el viejo inspector conseguiría recuperarse, pero la posibilidad acaba de desvanecerse a la vista de la fatiga extrema que Garrido experimenta al hablar. La opresión que lo ha acompañado desde que ha puesto el pie en el hospital es ahora como una losa que descansa sobre su esternón.

—Por eso te he hecho venir, porque no me queda mucho —prosigue el policía en voz baja como si quisiera minimizar el esfuerzo que le supone hilvanar las frase—. Mira, Santiago... lo que quiero decirte es importante, es importante para mí y quiero que lo entiendas. No quiero irme de este mundo sin... Pasó hace años, ya sé lo que vas a decirme, que ha prescrito, que tengo que olvidar, que... Pero no puedo, te juro que lo he intentado y no puedo. Con esa doctora entrando y saliendo... me mira como si... Pensaba que lo había olvidado, que no iba conmigo y que no vol-

vería a recordar, pero con ella aquí, haciéndome preguntas, acercándose... No puedo, no puedo dejar de pensar. Se me podía haber podrido la memoria y no los pulmones. Yo, así como estoy, no puedo hacer nada, por eso he querido que vinieras, necesito que me ayudes. Júrame que lo harás, Santiago.

Agitando una mano en el aire le indica que se acerque. Escalona, que apenas acierta a entender, aproxima su silla hasta el lecho.

—Usted dirá, inspector.

—Después de tantos años deberías tutearme, Santiago —observa el enfermo con una sonrisa.

—Debería.

De nuevo el inspector Garrido cierra los ojos, como para recuperar fuerzas. Nunca antes Escalona había visto unos ojos naufragar en sus cuencas.

—Verás, lo que te voy a explicar pasó en 1975, hace ya muchos años, tú no eras policía y yo tenía unos 37 ó 38, no llegaba a cuarenta, pero eso no importa, es lo de menos. Iba ya para inspector de segunda, no vayas a creer. Llevaba unos años en el cuerpo y tenía un buen expediente. Yo quería hacer carrera, siempre quise hacer carrera en la policía. Toda la vida, desde que tengo memoria.

El sarcasmo que Garrido pone en sus últimas palabras le recuerda a Escalona que el viejo policía nunca aceptó la jubilación. Le fue impuesta, una maldita obligación como hay tantas. Primero fue apartado de las calles y pocos años después forzado a dejar el Cuerpo. El retiro, que otros esperan como agua en mayo, fue para Garrido como una patada en el culo. Así lo había llamado más de una vez, la gran patada en el culo. No lo perdonó nunca. No superó la inactividad y se hundió, como sus ojos en lo más profundo de sus cuencas, en un sillón frente a un aparato de televisión. Desde entonces se había dedicado en cuerpo y alma a amargarle la vida a su mujer acostumbrada desde siempre a andar a su aire. Había

pasado los últimos años acumulando resentimiento como otros acumulan ilusiones, o cansancio. O ambas cosas.

Antes de que Garrido pueda proseguir se abre la puerta de la habitación y entra Ángela con una botella de agua en una mano y el monedero en la otra. Tiene el aire ausente y parece algo sorprendida al ver a Escalona. Antes de acercarse se atusa el pelo con un gesto fugaz de coquetería. El subinspector se levanta y la invita a sentarse junto al enfermo. Ángela entiende que prefieren estar solos. Adivinó que algo le rondaba a su marido por la cabeza cuando horas antes le pidió que llamara a comisaría y preguntara por Santiago Escalona. No hubo más aclaraciones.

—Necesito hablar con él. Que venga cuanto antes. Llama a Nou de la Rambla y díselo.

Y así lo había hecho ella.

Tras saludar al subinspector con un abrazo y dejar la botella de agua sobre una mesita, Ángela asegura que aprovechará para tomar un café y hacer unas llamadas, quizás hasta pase por casa, añade. Escalona sabe que no lo hará. Volverá dentro de un rato, quizás ni baje hasta la cafetería. Es posible que se siente en la entrada y espere allí a que Escalona se marche. Observa que también ella ha envejecido mucho, que ha descuidado su aspecto, que calza las mismas zapatillas de fieltro que usa para andar por casa, como si llevara tantos días en el hospital que hubiera dejado de pensar en la calle, en el aire libre. Le sorprende comprobar cómo han envejecido sus gestos que ahora son lentos y pesados y cómo ha palidecido su sonrisa. Las noches medio en vela en un sillón reclinable no han dejado de pasarle factura. Tiene unas ojeras pronunciadas y tampoco a ella le sobra el color. También ha percibido un temblor en sus manos que no existía semanas atrás y una voz sin matices que no recordaba.

—Saluda a Teresa de mi parte —se despide la mujer antes de abandonar la habitación.

—Como te iba diciendo, tenía treinta y muchos, casi los cua-

renta, era un hombre casado y mi sueldo nos alcanzaba justo. Nos habíamos casado algo mayores, yo no era ningún crío. Ángela acababa de cumplir los treinta. Queríamos tener hijos. Ángela y yo siempre quisimos tener un par de hijos, quizás tres. En el 75 todavía pensábamos que acabarían por llegar. Fue más tarde cuando entendimos que... Bueno, a lo que iba, era el mes de noviembre. Corrían otros tiempos, peores, eso sí. El que diga que eran mejores no tiene perdón de Dios. Que yo ahora esté jodido no quiere decir nada. Yo aquellos tiempos no se los deseo a nadie.

Escalona asiente. También él recuerda perfectamente aquellos años. En octubre de 1975 Santiago Escalona había empezado a asistir a las clases en la Facultad de Derecho, todavía soñaba con ser abogado. Los estudiantes con más experiencia organizaban asambleas que se alargaban toda una tarde, muchos militaban en alguna en las múltiples facciones de inspiración marxista y la actividad no académica, en las aulas y fuera de ellas, era frenética. A Santiago Escalona todo aquello le pilló algo joven, diecisiete años; sus escasas habilidades sociales y un carácter marcadamente reservado lo mantuvieron al margen de la clandestinidad, fuera del círculo. Así estuvo siempre, así se siente a menudo todavía hoy, fuera del círculo. Había asistido a algunas reuniones, incluso hubiera deseado intervenir en alguna ocasión, aportar alguna idea, discrepar... pero no llegó a hacerlo. Por unos instantes el subinspector experimenta un ronroneo en el estómago parecido a la nostalgia. Pero, nostalgia ¿de qué?

Garrido le indica el pulsador que permite incorporar todavía más la parte superior del lecho. Espera encontrar así cierto alivio al penoso esfuerzo que comporta inhalar el aire suficiente, ese mismo aire que se precisa trece veces por minuto y que tanto le cuesta llevar puntualmente hasta sus pulmones.

—O hablo o respiro —dice señalándose el pecho.

Escalona advierte una especie de silbido, como un estertor, que parece salir de la garganta del enfermo.

—Tengo los pulmones pinchados, Santiago. Como un balón viejo.

Escalona calla y oprime el botón. El enfermo levanta la mano para indicar que debe parar. Pasados unos instantes, prosigue.

—Me encargaron detener a un sospechoso, uno de los líderes de una organización comunista. Una de tantas. Había tantas y se parecían tanto que uno ya no sabía de qué estaba hablando. Y todas ilegales, eso sí. Después las llamaron legales, creo, pero era el mismo perro con otro collar. Algunas eran consideradas peligrosas, con otras se hacía la vista gorda, algunas no parecían importarle a nadie. Tampoco es que hubiera unas reglas fijas, andábamos tanteando. A mí me iban más otro tipo de casos, casos civiles, ya me entiendes. Pero, una misión es una misión.

Escalona lo entiende perfectamente, y lo entendería todavía mejor si el enfermo pudiera levantar un poco la voz y ésta no estuviera acompañada, en todo momento, del angustioso silbido que emerge de sus entrañas. Es tanto el esfuerzo que le supone hablar y cuesta tanto comprender sus palabras que el subinspector ha arrimado la silla y está ya sentado junto a la cabecera, a poca distancia del enfermo que se interrumpe de nuevo para dedicarse exclusivamente a respirar.

—El chico se llamaba Alberto Boisgontier y tenía una orden de busca y captura. No he podido olvidar nunca ese nombre, Boisgontier. Si llega a llamarse López, o Sánchez..., pero tenía que llamarse Boisgontier. Alguien pilló un chivatazo, pero nunca llegué a saber más. Todo andaba así, ni transparencia, ni nada. El caso es que alguien supo dónde estaría. Se sabía que cada noche cambiaba de sitio, que tenían una pequeña red de locales, de amigos, casi cada noche estaba en un sitio diferente. No paraba. Por eso era tan difícil echarles el guante, llevaban años organizándose. Boisgontier escribía panfletos subversivos, octavillas contrarias al régimen que lo llevarían derecho a los calabozos de la Via Laie-

tana. Él mismo los imprimía, los ciclostilaba con uno de aquellos trastos, una máquina vietnamita, las había por todas partes. Creo que también se encargaba de distribuirlos. Yo me lo guiso y yo me lo como.

Escalona no alcanza ni a sospechar por qué Garrido considera que debe explicarle una historia pasada, una historia que no difiere en mucho de tantas otras. Espera pacientemente a que el ex policía recupere el resuello y el hilo de voz. Por el momento y durante unos instantes sólo resulta audible el maldito silbido.

—Ocurrió la noche del 14 de noviembre, era viernes, Nos plantamos a pocos metros. Yo dirigía la operación. Me acompañaban dos agentes que me asignaron aquella misma noche, pero no era la primera vez que trabajaba con ellos. Nos conocíamos todos. Uno de ellos era Federico Carrión, de la Político Social. Carrión era muy conocido en comisaría, uno de los mejores a la hora de hacer hablar a un sospechoso. O uno de los peores, según se mire. Por aquél entonces las cosas iban así. Algunos interrogatorios eran duros, tan duros como puedas imaginar. Hay quien salió de la Vía Laietana camino del depósito, pero eso ya lo sabes, lo sabe todo el mundo. Él mismo, Carrión, decía que era capaz de hacer cantar a las piedras. Le gustaba alardear de no tener escrúpulos. Y no los tenía, te lo aseguro. Bien... verás, aquella noche vimos llegar al chico tal y como nos habían anunciado. Esperamos, le dimos su tiempo, casi una hora. La detención fue fácil, lo pillamos in fraganti, dándole a la manivela. No pudo ni resistirse. Ni lo intentó. Pero la cosa se complicó, a veces las cosas se tuercen y casi no sabes decir ni cómo ha sido ni en qué momento.

Garrido hace una pausa y se lleva una mano hasta el pecho, como para calzar las costillas y evitar que se desprendan dado el esfuerzo que hace para hablar.

—Cuando ya estaba esposado, Boisgontier, tiene narices el nombre, se enzarzó en una discusión y se la buscó. Creo que en algún momento insultó a Carrión. No sé cómo pasó, pero hubo

algo así. Imagínate, insultar a Carrión que llevaba dados más palos que pelos tenía en la cabeza. No sé exactamente lo que dijo, sólo sé que de una cosa pasaron a otra y... No sé ni como fue, pero el caso es que si no los separamos... ¡Hay que tener huevos para algo así! ¡Con las manos esposadas, sin posibilidad de defenderse y va y se enfrenta con él! Como si quisiera que le rompiera la cara. Una de dos, o era un valiente o no tenía dos dedos de frente.

Garrido, que ha elevado la voz y ha intentado acercar su mano hasta la cabeza en un gesto explícito, paga el esfuerzo con una tos persistente que no parece aliviarle.

—Perdona, Santiago. Esto es así. Ya no sé hablar sin efectos especiales —dice con media sonrisa refiriéndose a la tos y al silbido pertinaz—. Pasó lo que tenía que pasar, a Carrión se le calentó la sangre y le arreó un par de guantazos in situ. Y no le rompió la cabeza porque el otro agente y yo lo sujetamos como pudimos. Estaba fuera de sí. Si lo dejamos lo mata allí mismo. Acabó jurando que volverían a verse, que lo mataría y que echaría su corazón a los perros. Su corazón y sus huevos. De eso sí que me acuerdo. Su corazón y sus huevos.

Garrido cierra los ojos de nuevo, parece muy fatigado. Cuando los abre dirige la mirada hacia el ventanal.

—Tú has conocido otra cosa, Santiago, pero entonces hombres como él los había a puñados en las comisarías. Carrión no era un buen enemigo. Boisgontier parecía un chico listo, pero era un echao palante, un chulo, de esos que necesitan demostrar cosas. Decía que era un revolucionario y que la revolución pasaría cuentas con los mercenarios como nosotros, que la revolución no perdonaría ni la traición ni el servilismo. Le gustaba desafiar a la autoridad y no le tenía mucho aprecio a la vida, eso saltaba a la vista. No recuerdo haber visto en su cara ni rastro del miedo que tienen otros. Carrión era una mala persona, no debió desafiarle, no debió...

Tras golpear la puerta un par de veces por pura cortesía una

enfermera muy joven que empuja un carrito entra en la habitación 27.

—Se ha quedado usted solo, señor Garrido —observa en un tono de voz más propio de un parvulario al contemplar la cama vacía.

Garrido, enfurruñado por la intromisión, no contesta. La enfermera le indica a Escalona que debe apartarse, parece súbitamente irritada por su presencia.

—¿Va a ayudarlo usted? —pregunta por incordiar.

—No, puedo hacerlo solo, todavía puedo comer solo —responde de inmediato el inspector Garrido.

La enfermera deposita la bandeja sobre una mesa con ruedas y la aproxima hasta la cama. La habitación entera huele a comida de hospital. El subinspector entiende que el enfermo debe comer y no podrá hacerlo si continúa hablando. Escalona se levanta y se acerca a la puerta.

—Mañana vuelvo, inspector —promete antes de salir.

Mientras la enfermera destapa la bandeja de metal en una de cuyas cavidades flota un puñado de fideos huérfanos Garrido arruga la nariz en un gesto de desagrado. Antes de que Escalona llegue a salir de la habitación el ex-policía añade:

—Aquella noche dejamos al chico en comisaría.